

Norte de Uganda. Una paz que se resiste

José Carlos Rodríguez

Más que un acontecimiento político, aquello parecía una novela de suspense.

Nunca se había visto nada igual en el Norte de Uganda. La gente de las ciudades de Gulu y Kitgum y los habitantes de los campos de desplazados del Acholiland permanecieron todo el día con la radio pegada a la oreja. El 10 de abril pasado todos estaban pendientes de lo que ocurría en el remoto puesto fronterizo de Nabanga, entre el sur de Sudán y la República Democrática del Congo.

De ser una aldehuela de mala muerte que no figura en ningún mapa, Nabanga pasó a ser un centro de atención mundial. Aquel día había allí más de 300 personas en un campamento de enormes tiendas blancas puesto en pie por Naciones Unidas. Decenas de periodistas, líderes políticos y religiosos, mediadores y observadores internacionales transportados en helicópteros hacían cola para servirse el buffet caliente preparado en la selva mientras el zumbido de los grupos electrógenos daba a aquel ambiente un toque poco común. Los jóvenes guerrilleros del LRA armados de ametralladoras y walkie-talkies y los militares sudaneses del SPLA que vigilaban el amplio recinto se miraban mutuamente.

Todos esperaban la firma del acuerdo final de paz entre el LRA y el gobierno de Uganda, cima de las tortuosas negociaciones que desde mediados de 2006 han tenido lugar en Juba, la capital de Sudán del Sur. La fecha del momento histórico se había retrasado ya tres veces. Por fin, Kony dijo que firmaría el 10 de abril en Nabanga. El presidente ugandés Museveni firmaría su parte en Juba cinco días después. Tras 22 años de guerra, la expectación no podía ser más intensa.

Pasaban las horas y Kony no parecía. Las llamadas con teléfono satélite se sucedían. Entonces, el vice-presidente de Sudán del Sur y mediador principal, Riek Machar, anunció lo que muchos temían.

“El general Joseph Kony no va a firmar hoy. Acaba de comunicar que necesita más tiempo para analizar algunos aspectos del acuerdo”.

Pocos minutos después, un grupo de líderes tradicionales y religiosos del Norte de Uganda iniciaban una marcha a pie de seis kilómetros para encontrarse con Kony, supuestamente en algún lugar cercano dentro de aquella espesa selva en territorio congoleño. El desánimo dio paso a informaciones confusas. El jefe del equipo negociador del LRA, el enigmático Nyekorach Matsanga dijo entonces que si su jefe no firmaba él dimitiría, aunque en otros corrillos se susurraba que Kony acababa de despedirle de malas maneras. En otros círculos se escuchaba que los obispos y los jefes tradicionales habían llegado al lugar acordado pero Kony ya no estaba allí.

Al día siguiente, tras más horas de espera y sin ninguna novedad, los negociadores del gobierno de Uganda decidieron marcharse "hasta que Kony se decidiera a firmar". La ceremonia de firma por parte de Museveni el 15 de abril en Juba quedaba aplazada *sine die*.

Tres días después se conocieron más detalles que añadieron aún más suspense. Hacía pocos días que en el seno del LRA habían tenido lugar escaramuzas que acabaron con la vida del número dos de Kony, el comandante Okot Odiambo, y ocho oficiales más.

Se decía que el centro de la discordia era un punto del documento en el que se afirmaba que para los "crímenes menores" cometidos por combatientes del LRA se usaría el famoso ritual tradicional conocido como *mato oput* (beber las hierbas amargas), mientras que para los "crímenes mayores" los responsables serían juzgados por una sala especial del Tribunal Supremo de Uganda, la cual reemplazaría a la Corte Penal Internacional de La Haya.

No hay duda de que en 22 años de guerra el escurridizo Joseph Kony, que ahora se volvía atrás y tenía a todos en vilo ha cometido muchos "crímenes mayores". El historial del LRA podría ponerse junto al de los mayores genocidas de la historia: 40.000 niños secuestrados para obligarlos a combatir entre sus filas o para uso como esclavas sexuales, masacres de cientos de personas cada vez, incendios de aldeas, salvaje mutilación de sus víctimas y el desplazamiento forzoso de dos millones de personas. Aunque muchos señalan también que el propio ejército gubernamental ugandés ha tenido su parte en estas y otras atrocidades. Sea como fuere, en octubre de 2005 la Corte Penal Internacional (CPI) emitió órdenes de arresto internacional contra Kony y cuatro de sus comandantes. El LRA ha insistido que nunca entregarán un fusil hasta que la CPI anule las órdenes.

Unos 500 kilómetros más al sur, en la aldea de Lelaobaro, cerca de Gulu, Isaac Kidega estalló en maldiciones cuando a última hora de la tarde la popular Radio Mega informaba de los últimos acontecimientos: "Kony no va a firmar..." Sus compañeros, que desde primera hora de la mañana habían estado pendientes del transistor en el animado corrillo bajo un árbol, apuraron los últimos vasos de aguardiente y se volvieron a sus casas en silencio. Una cascada de recuerdos acudió a la mente de Isaac: innumerables abusos por parte de soldados y guerrilleros desde 1986, su aldea dos veces incendiada, cientos de noches intentando dormir bajo la lluvia escondido en la maleza, su mujer salvajemente apaleada hasta la muerte por el LRA, un hijo secuestrado del que no ha vuelto a saber nada... hasta que no aguantó más, cogió los cuatro bártulos que pudo y se marchó a vivir al campo de desplazados de Palenga en el 2002. Hace dos años, al comenzar las conversaciones de paz Isaac fue de los pocos que se atrevió a volver a Lelaobaro. Allí reconstruyó su cabaña él solo y a golpe de vieja azada empezó a cultivar sus campos. Pero hasta hoy sus hijos viven en Palenga, a 15 kilómetros, donde hay una escuela. En Lelaobaro sólo hay aulas abandonadas y un pozo de agua reparado por la misión católica el año pasado. Aunque hace dos años que los guerrilleros se esfumaron del norte de Uganda y ya no hay ataques violentos, los que como Isaac han vuelto a sus poblados originales son una minoría.

En el mismo viejo transistor con las pilas a punto de exhalar el último suspiro, Isaac y sus vecinos recuerdan haber oído infinidad de veces durante muchos años declaraciones oficiales del ejército afirmando que aplastarían a los rebeldes “antes de final de año”, “antes de que empiecen las lluvias”, “este mes”, “la semana que viene”... Y discursos del presidente Museveni dejando muy claro que su gobierno “jamás negociará con bandidos y asesinos”. Sobre todo desde que después del famoso 11 de septiembre se declarara la “guerra total al terrorismo” y Estados Unidos incluyera al LRA en su lista de organizaciones terroristas, donde sigue hasta la fecha.

La gente que empezó a malvivir en los campos de desplazamientos desde 1996 lo veía de otra manera. En el año 2003 se conoció que en los campos morían mil personas a la semana como consecuencia de la violencia y las pésimas condiciones de vida. A esto se añadía el hartazgo de una retórica militar que prometía y no cumplía. Además, miles de personas como Isaac se enfrentaban a un difícil dilema: por una parte querían el fin de la guerra a toda costa, pero por otra sabían que el LRA estaba formado mayoritariamente por niños secuestrados, sus propios hijos. Y, como ocurre en tantas guerras, muchos altos mandos del ejército ugandés se aprovecharon del conflicto para enriquecerse. No es una casualidad que el mejor hotel de Gulu, el recientemente renovado *Acholi Inn* fuera comprado por el jefe de la inteligencia militar en el norte, el coronel Charles Otema. Varios oficiales han sido procesados recientemente por hacer creado listas ficticias de “soldados fantasma” cuyos salarios pasaban directamente a sus bolsillos. Y algunos generales han intentado echar mano de las fértiles tierras abandonadas por los desplazados para establecer extensas fincas de agricultura comercial.

Quizás porque muchos hacen de la necesidad virtud, desde finales de los años 1990 la sociedad civil en el Norte de Uganda tomó cada vez más fuerza. Jefes tradicionales, líderes religiosos –notablemente el arzobispo de Gulu John Baptist Odama y el anglicano Baker Ochola- asociaciones de mujeres, ONG locales y hasta cooperativas de excombatientes se convirtieron en un poderoso *lobby* que clamaron para que el gobierno y el LRA pusieran fin a la guerra de forma pacífica, por la vía de la negociación. Parte de los esfuerzos de estos grupos han consistido en llamar la atención de la comunidad internacional, que a diferencia de otros conflictos pareció no darse por enterada hasta bien entrado 2003, cuando el carismático jefe humanitario de Naciones Unidas Jan Egeland dio la voz de alarma: “Uganda es la más olvidada y peor crisis humanitaria del mundo, peor que Irak”. A partir de entonces una legión de periodistas, investigadores, diplomáticos y políticos internacionales acudieron a ver por ellos mismos lo que ocurría en el Norte de Uganda. El gobierno de Uganda empezó a preocuparse seriamente por su imagen internacional. Uganda pasó de ser la “historia de éxito africana” a aparecer como el lugar del peor horror, “peor lugar del mundo donde ser niño”, como dijo la antigua directora de la UNICEF Carol Bellamy. Y la mala imagen empezó a tocar el bolsillo del gobierno cuando en 2005 Inglaterra, Irlanda y varios países nórdicos empezaron a cortar la ayuda económica. Una mala noticia para un gobierno, como el ugandés, cuyo presupuesto anual depende de los países donantes en un 52%.

Además, se avecinaba la cumbre de la Commonwealth en la capital, Kampala, prevista para noviembre de 2006. Entonces, Museveni dio un inesperado y pragmático golpe de timón. Tras su toma de posesión en un nuevo mandato

presidencial, anunció que estaba dispuesto a abrir negociaciones de paz con el LRA. Las conversaciones comenzaron el 14 de abril de aquel año en Juba, la capital de Sudán del Sur, con el vicepresidente Riek Machar como mediador principal, aunque la verdadera parte técnica y logística la llevaron dos organizaciones católicas: *Pax Christi* y la *Comunidad de Sant' Egidio*.

En Sudán se acababa de firmar el Acuerdo Total de Paz en enero de 2005. Pero tras 30 años de conflicto y buenas perspectivas de desarrollo alimentadas por las explotaciones petroleras en su territorio, la población del sur tenía un nuevo problema: el LRA, que se encontraba en un momento de debilidad, había trasladado el centro de sus operaciones al sur de Sudán, donde mataban, emboscaban y destruían sin piedad. Y las nuevas autoridades del SPLA se dieron cuenta de que tenían que resolver el problema del LRA, quienes astutamente a finales de 2005 se instalaron en la jungla del parque nacional de la Garamba, en la República Democrática del Congo.

La delegación del gobierno estaba encabezada por el conciliador ministro del interior Ruhakana Rugunda y el sub-ministro de exteriores Oryem Okelo. Las maneras exquisitas de ambos contrastaron con la extraña composición de la delegación del LRA. De sus 15 delegados, excepto dos comandantes guerrilleros, la mayor parte de ellos eran personas que llevaban al menos 20 años viviendo en Londres, Kenia o Estados Unidos, con poco conocimiento de la realidad sobre el terreno y que intentaban compensar sus pocas dotes oratorias con un tono agresivo fuera de lugar. Había otros detalles que apuntaban a una gran incoherencia: su líder, Martin Ojul, había trabajado hasta el año anterior con el ministerio del interior, y su asesor jurídico Ayena Odongo se había presentado hacía pocos meses como candidato del partido de Museveni en las elecciones legislativas. Algo así como si ETA se sentara un día a negociar con el gobierno español y presentara como jefe de delegación a un funcionario de interior.

Los casi dos años de negociaciones se desarrollaron con grandes altibajos. En varias ocasiones la delegación del LRA dio portazo a las conversaciones. Pero el gobierno ugandés aguantó con infinita paciencia y por lo menos ganó en imagen. Ya nadie podía acusar a Museveni de estar en contra de la paz. Contra viento y marea, los cinco protocolos de la agenda se firmaron uno a uno: cese de hostilidades, soluciones a los problemas del norte de Uganda, responsabilidad por crímenes cometidos y reconciliación, cese oficial de la guerra y desarme y reintegración del LRA, éste último a principios de marzo de este año. El nombramiento el año pasado del antiguo presidente de Mozambique Joachim Chissano como enviado especial de Naciones Unidas, y la participación de cinco países de la Unión Africana contribuyeron a encauzar el proceso. Kony siempre se negó a acudir a negociar a Juba por miedo a ser detenido, pero varias delegaciones le visitaron con frecuencia en su refugio de Garamba.

Parte del proceso de paz incluyó una gira del LRA por los lugares afectados por la guerra en el Norte de Uganda y el resto del país, algo que tuvo su efecto sanador. Por primera vez las víctimas oyeron peticiones de perdón de sus verdugos. Pero al mismo tiempo, el dinero amenazaba con corromperlo todo. Se empezó a saber que cada miembro de la delegación recibía generosas dietas de 150 dólares al mes, que

procedían de los fondos de países donantes (sobre todo Canadá) que financiaban las negociaciones. A nadie se le escapaba que con tanto dinero nadie tenía prisa por terminar pronto. Y en octubre del año pasado Kony fusiló a su "número dos" Vincent Ottii, a quien acusó de haber aceptado jugosos sobornos. Por aquellas fechas Kony despidió a Ojul y lo reemplazó por Nyekorach Matsanga, un ugandés residente en Londres más radical que su antecesor.

Además, desde el año pasado el LRA ha abierto una nueva base en el sureste de la República Centrafricana, donde tiene contactos con los rebeldes centroafricanos a los que el régimen de Jartum apoya. De este modo, además de tener una retaguardia segura cuenta con un nuevo canal por donde le llegan armas. A pesar de que todo parece indicar que el LRA ha pasado de tener 10.000 efectivos en 2002 a contar con apenas unos 800 guerrilleros, el retraso de un acuerdo de paz sólo puede dar lugar a una incómoda situación de "no paz, no guerra" que siembra el desconcierto entre la sufrida población del norte de Uganda –con cientos de miles aún en los campos de desplazados- y del sur de Sudán. La historia de suspense aún no se ha cerrado. Lo peor del caso es que esta historia inacabada narra un infinito dolor de los más inocentes.

Recuadro 1

CRONOLOGIA DE LA GUERRA DEL NORTE DE UGANDA

- 1986, En enero, Yoweri Museveni toma el poder tras cinco años de guerrilla. El 15 agosto antiguos soldados del anterior régimen empiezan a lanzar ataques en el Norte bajo el nombre de *Uganda People's Democratic Army (UPDA)*. A finales de año la hechicera Alice Lakwena se convierte en líder de la rebelión, a la que bautiza como *Movimiento del Espíritu Santo*.
1987. Alice Lakwena es derrotada y huye a Kenia, donde murió en 2006.
1988. Tras las primeras conversaciones de paz, parte de los rebeldes se unen al gobierno. Joseph Kony reorganiza a los descontentos y siembra la inseguridad en la región Acholi. La guerrilla cambia de nombre y se convierte en *Ejército de Resistencia del Señor (LRA)*.
- 1993-1994. La ministra Betty Bigombe negocia la paz con Kony. Después de tres meses de tregua, el LRA, con apoyo de Sudán, reanuda los ataques. En abril masacra a 250 personas en Atyak. Uganda y Sudán rompen sus relaciones diplomáticas.
1996. El gobierno inicia el reagrupamiento forzoso de la población acholi en campos de desplazamiento.
1997. El LRA masacra a 420 personas en Lamwo ante la pasividad del ejército.
1998. La Comunidad de Sant'Egidio realiza un fallido intento de mediación.
2000. Tras una mediación el Centro Carter Uganda y Sudán normalizan sus relaciones. El gobierno promulga la ley de la amnistía.
2002. El ejército ugandés, con el acuerdo de Sudán, ataca las bases del LRA en territorio sudanés. El LRA responde atacando masivamente el Norte de Uganda. Líderes religiosos inician otro intento de mediación.

2003. Naciones Unidas declara el Norte de Uganda "la más olvidada y peor crisis humanitaria del mundo". A finales de año hay dos millones de desplazados internos y más de 40.000 niños secuestrados por el LRA.
2004. El LRA masacra a 350 personas en el campo de desplazados de Barlonyo. A finales de año Betty Bigombe intenta una nueva mediación.
2005. En octubre, la Corte Penal Internacional emite órdenes de arresto contra Joseph Kony y cuatro de sus comandantes acusados de crímenes contra la humanidad. El LRA traslada sus bases del sur de Sudán al parque de la Garamba, en la República Democrática del Congo.
2006. El 14 de abril comienzan las negociaciones de paz entre el gobierno ugandés y el LRA en Juba (Sudán meridional). A los dos meses se firma un alto el fuego. Mientras tanto, el LRA realiza contactos con los rebeldes de la República Centroafricana.
2007. Tras una crisis interna en el LRA Kony ejecuta a su "número dos" Vincent Ottii y expulsa a varios miembros de su equipo negociador.
2008. En marzo se firma el último de los cinco protocolos entre ambas partes. La esperada firma del acuerdo final el 10 de abril fracasa al negarse Kony.

Recuadro 2

¿PAZ O JUSTICIA? LOS DILEMAS DE LA CORTE PENAL INTERNACIONAL

En todas partes donde se cometen horrendos crímenes las víctimas exigen el fin de la impunidad y que se castigue a sus verdugos. ¿En todas? Eso creíamos hasta que la Corte Penal Internacional (CPI) eligió el Norte de Uganda como primer caso para intervenir. Creada en julio de 2002 como un instrumento internacional independiente para traer ante la justicia a responsables de crímenes de guerra y contra la humanidad, su fiscal general, el argentino Luis Moreno Ocampo, aún no sale de su asombro al ver que la principal oposición al papel de la CPI ha venido precisamente de la sociedad civil del Norte de Uganda, donde muchos la ven como el principal obstáculo para poner fin a 22 años de guerra.

La CPI fue creada durante un periodo reciente en el que dos nuevos conceptos han entrado en el campo de las relaciones internacionales: la justicia transicional, que intenta sanar las heridas provocadas por una guerra cuando ésta finaliza, y las "crisis olvidadas", sobre todo en África, ante las cuales parece que la comunidad internacional empieza a mostrar una mala conciencia.

Quizás por eso los primeros casos elegidos por la CPI son crisis africanas: las guerras de la República Democrática del Congo, de Darfur y del Norte de Uganda. En éste último caso, en octubre de 2005 Ocampo emitió órdenes de arresto internacional contra Joseph Kony y cuatro de sus comandantes. Desde entonces tres de ellos han muerto: Raska Lukwiya, Vincent Ottii y Okot Odiambo. El cuarto, Dominic Ongwen, sigue con Kony.

Desde el inicio de las conversaciones de paz de Juba en julio de 2006 el LRA ha repetido que no firmarán ningún acuerdo definitivo hasta que la CPI retire las órdenes de detención contra sus líderes. Las víctimas, hartas de 22 años de guerra, parecen dispuestas a sacrificar la justicia con tal de que llegue la paz. La CPI se niega a dar marcha atrás porque tiene miedo de sentar un precedente peligroso. Lo malo es que las detenciones sólo pueden ponerlas en práctica los Estados donde se encuentran los sospechosos, y en este caso no parece que ningún ejército –ni del sur Sudán, ni del Congo, ni mucho menos de la República Centroafricana- tenga la capacidad de detener a Kony. La fuerza de paz de Naciones Unidas en Congo lo intentó en noviembre de 2005. ¿El resultado? Doce jóvenes soldados guatemaltecos muertos y ningún detenido.

JCR